

PISCINA ROMANA EN BATH (INGLATERRA)¹

ese curso de agua y reclamaban de los Secuanos de la orilla opuesta unos derechos desamiado elevados para sus expediciones de tocino salado². César intervino como protector de los Eduos, los «hermanos de su pueblo», pidiendo a las naciones germanas que no continuaran su movimiento de invasión. Ariovisto se negó a detener su marcha, pero fué vencido y forzado a repasar el Rhin.

Diversas veces, durante los setenta años siguientes, varios generales, primeramente César, después Druso, Tiberio y Germánico, dirigieron expediciones temporales al otro lado del río; las legiones hasta pudieron bañarse en el Elba; pero los invasores no tuvieron tiempo de organizar su conquista; los bárbaros supieron hacer respetar su independencia al norte del Main; los Romanos, por otra parte, reforzaron su dominación entre el Danubio y el Rhin y ocuparon la orilla derecha de ese río hasta frente la desembocadura del Mosela. El éxodo germánico fué así retardado algunos siglos, durante todo el período de dominación romana.

¹ Comunicado por el *Monde Moderne*; Juven, editor.

² Strabon, lib. IV, c. III, 2.



Cl. J. Laurent.

PUENTE ROMANO EN ALCÁNTARA (ESPAÑA)

Dueñas de la parte central de las Galias, las legiones se dirigieron victoriosamente hacia diversas partes de la comarca, de un lado hasta la desembocadura del Loira en el país de los Namnetos (Nantes) y de los Venetos (Vannes), donde tuvieron que improvisar una marina, entrando así por primera vez en contacto con el Atlántico para combatir sobre los confines del mar Tenebroso—en la confluencia, según parece, de los ríos de Vannes y de Auray¹,—y por la parte opuesta hasta el territorio de los Belgas y de los Nervianos, hacia los grandes bosques y los pantanos del Norte. La Galia parecía tan bien conquistada, que César no temió ir a llevar la guerra a la Bretaña insular, al otro lado del estrecho. Al volver de aquella tierra, de la cual no se sabía si era una isla u «otro mundo», pudo ir a ganar victorias en Iliria y discutir en Italia la partición del mundo con sus rivales Craso y Pompeyo.

Pero los cien pueblos encerrados entre los Pirineos y el Rhin

¹ Almirante Réveillère.

temían su derrota, y la mayor parte de ellos se ligaron contra el extranjero. Hasta los Eduos entraron en la conjura, y César se halló amenazado de perder, con las aristas divisorias entre los dos mares, la llave de toda la comarca de las Galias. Las peripecias de esa lucha suprema hormigean de escenas clásicas de los horrores de la guerra: la destrucción, por sus propios habitantes, de las ciudades incapaces de defenderse, la matanza metódica de un poblado inermé, el de los Eburones, cuya población válida había sucumbido en los campos de batalla, la campaña obscura de los partidarios indomables sucediéndose en los combates en batalla campal, son ejemplos típicos de que los siglos siguientes no muestran sino pálidas imitaciones; pero el valor de los unos no pudo prevalecer contra la ciencia militar y la perseverancia de los otros. Los Romanos predominaron definitivamente y en la proximidad de la divisoria, sobre las vertientes del monte Auxois, fué precisamente donde se libró la batalla decisiva. En ese lugar geográfico marcado por la Naturaleza se hizo el último esfuerzo de la independencia gala: como consecuencia la Galia se hizo romana y, por el mismo efecto, el equilibrio del imperio se halló cambiado hacia el mundo exterior; un prodigioso aumento de poder constituía también un temible peligro.

La expansión rápida de las conquistas romanas en las comarcas del mundo bárbaro se explica por el hecho de que las legiones representaban una unidad muy fuerte contra los pequeños Estados sin cohesión, divididos por los rencores de las discusiones y de las guerras, muy desconfiados a causa de la diferencia de los intereses locales, y desprovistos de iniciativa como resultado del gran ascendiente de los sacerdotes, de los magos y druidas que habían de consultarse en toda circunstancia grave. Las poblaciones que no estaba separadas por esas diferencias de origen y de lengua y que en ocasiones hasta se unían por un lazo de fraternidad temporal, cambiaban fácilmente de idea cuando veían reflejarse ante sí las ventajas ilusorias o reales de un cambio de política. Hasta en lo más fuerte del peligro, César, que había perdido el apoyo de sus antiguos aliados los Eduos, se reconcilió por eso mismo con sus antiguos enemigos los Secuanos.

La evidente superioridad de los Romanos no podía menos que fascinar a las poblaciones sometidas y darles un ideal común de



ATENAS — TEATRO DE HERODES ATICO

Cl. Bonjils.

cultura, y por esta causa, después de la conquista romana se creó una unidad nacional que antes no existía. La lengua del vencedor era al mismo tiempo la que aportaba fórmulas de leyes precisas, una literatura ya rica, una retórica elegante en los discursos del foro; suministraba un lenguaje usual entre los bárbaros que antes difícilmente se entendían, y así llegó pronto a ser la lengua de todos los Españoles, de todos los Galos, de todos los Bretones cultos, y, poco a poco, el idioma de los amos penetró en la multitud subyugada. Por lo demás, por oprimida que fuese ésta, no podía pensar en levantarse contra la todopoderosa Roma: a lo más, en la época de las rivalidades imperiales, tomaba parte en las sediciones suscitadas entre los mismos defensores del imperio.

Pero este imperio era tan extenso, que desde el reinado de César manifiesta una tendencia a dividirse en dos mitades: el Oriente y el Occidente. Cuando la desavenencia definitiva entre César y Pompeyo, éste fué a acampar en Epiro, luego a Tesalia, esperando la batalla decisiva; después del asesinato de César, el mundo romano

fué realmente dividido durante algunos años entre Octavio y Antonio, los dos herederos. Octavio manda en Roma y, como dominador de Occidente, emplea sus primeros años en consolidar su poder sobre los Españoles, los Galos, los Germanos más cercanos de las fronteras, los Ilirios; limpia el mar de piratas y se prepara pacientemente a desembarazarse de su rival, el dueño de Oriente. Este, que reside en Alejandría, cerca de la divina Cleopatra, tiene todo un cortejo de reyes en su rededor, y su poder se extiende hasta más allá de Babilonia, en el país de los Partos. Por último, trece años después de la muerte de César, se produce el inevitable choque; las dos flotas, los dos ejércitos se hallan frente a frente, mas parece que Antonio, el déspota de Oriente, había adquirido ya algo del fatalismo de sus súbditos, acostumbrados hacía siglos a la derrota: teniendo quizá los recursos necesarios para la victoria, se deja vencer sin gran resistencia, y finalmente se mata. El imperio romano, después de haberse dividido, se reconstruye, y esta vez con bastante coherencia para que la unión se conserve durante algunos siglos todavía.

Los versos de Virgilio expresan con qué afán se «lanzó a la servidumbre» la multitud romana, cuando después de la batalla de Accio, Octavio llegó a ser el dueño del mundo. Las horribles proscripciones, las guerras extranjeras y civiles que habían devastado Italia y todas las regiones mediterráneas, inspiraban a todos un inmenso deseo de paz, una necesidad inmoderada de reposo: el orden a toda costa, hasta bajo la mano de un déspota, tal era el universal deseo de las poblaciones. Se había ya visto prosternarse a todos cuando César, sin que le conviniera tomar el título de rey, se había dignado elevarse sobre los hombres y recordar sus orígenes divinos. «...Nuestra casa reúne al carácter sagrado de los reyes, que son los más poderosos entre los hombres, la santidad reverente de los dioses que tienen los mismos reyes en su dependencia...», decía ya a treinta y dos años, al principio de su carrera política, antes que tres millones de cadáveres debidos a sus veinte años de guerras se hubiesen añadido a su gloria¹. Octavio no se detiene en su camino:

¹ A. Lefèvre, *L'Histoire*.—Vacher de Lapouge, *Les Sélections sociales*.

cambia de nombre, en lo sucesivo es «Augusto» como los dioses; tiene todas las investiduras a la vez, las de la aristocracia y las del pueblo, el mando militar y el pontificado; reúne todo en su persona, hasta el amor de sus súbditos, la admiración de los que, aun

N.º 201. Provincias del Imperio



1 : 40 000 000

0 500 1000 1500 2000 2500 Kil.

1. Promontorio de ACTIUM, batalla naval; después de la huida de Cleopatra, Octavio derrota a Antonio, año de Roma 722 (-31). El meridiano de Actium representa casi el límite de los territorios gobernados hasta entonces por los dos rivales.

2. TEUTOBURGER WALD. Los Queruscas dirigidos por Arminius, destrozan tres legiones romanas mandadas por Varo, año de Roma 762 (+9).

3. CARRHÆ, derrota de los Romanos por los Partos, Craso muerto, año de Roma 700 (-53); nueva derrota 349 años después.

Las provincias que en el mapa están rayadas eran administradas por el Senado, las otras dependían directamente del Emperador; Egipto era además su propiedad particular.

no sometidos, viven fuera de las fronteras lejanas: así los Partos le envían los despojos que, en una precedente guerra, habían obtenido sobre Craso. El poeta Virgilio canta su epopeya de la *Eneida* en honor del nuevo dueño, del nuevo dios, y le da un lugar en las constelaciones del cielo, entre Erigone y el Escorpión, que la persigue¹.

Considerada desde varios puntos de vista, la transformación de

¹ Virgilio, *Geórgicas*, I, 33.

república en imperio fué para el poderoso Estado romano mucho más un resultado que una revolución. Vencedores de la aristocracia, César y después Augusto representaban por eso mismo en su persona divina el triunfo de la democracia. Los tribunos que habían abogado por el pueblo contra los patricios se encarnaban en lo sucesivo en el emperador; a él debían dirigirse todas las reivindicaciones, y la turba de los súbditos no tenía que hacer más que alabar su grandeza y su generosidad cuando les distribuía inmensas provisiones de víveres, con acompañamiento de fiestas y de ceremonias triunfales. Sin embargo, por asegurado que estuviera Augusto de la abyección de las multitudes, había que conjurar un peligro, el que podía resultar del exceso de fuerza intelectual y moral que aun hervía en las generaciones herederas de todos los que habían obrado durante los siglos de la oligarquía llamada republicana; era preciso seducir o separar todos los hombres que tenían todavía dignidad, desprecio de las grandezas y un carácter personal. Los proscritos se dispersaron una vez más por los grandes caminos del imperio, pero después de la obra de violencia viene la de la astucia: se trataba de terminar con dulzura la tarea que los verdugos habían comenzado, y César Augusto fué maestro en ese arte.

Primeramente alejó a los mejores, enviándoles a defender el poder romano sobre las fronteras del imperio; después en Roma mismo, ¡cuántas falsas ocupaciones, cuántas cargas inútiles, cuántas sinecuras supo crear para engañar a todo un mundo de funcionarios que lo tomaron en serio! Hubo poetas de corte, moralistas públicos, funcionarios para la virtud, pero también hubo sacerdotes. Augusto fué ante todo un restaurador de la religión, y las viejas prácticas abandonadas fueron restablecidas con cuidado: en lo sucesivo los augures, penetrados de la importancia de sus funciones, cuidaron de «mirarse sin reir». Pero entre todos estos ritos no hubo ninguno que se celebrase con más unción y fervor que el culto del Emperador mismo, el gran dios de la Tierra, asociado a los grandes dioses de los cielos. Del mismo modo que los extáticos cristianos se consagran al «sagrado corazón» de Jesús o al «sagrado corazón» de María, había súbditos embriagados de abyección servil, que se consagraban a la divinidad del Señor Universal.



Cl. Alinari.

ROMA—TERMAS DE GALIANO

Los Penates imperiales se colocaron en cada familia sobre los Lares de la casa y del barrio, y de esa manera la augusta divinidad estaba presente en todas partes, en los campos, en los templos, en las plazas públicas y en cada casa del inmenso imperio.¹

La concentración del poder en las manos de una sola persona debía tener por resultado modificar la construcción de las fuerzas militares. Mientras duró la república romana, el ejército se consideró siempre como la nación misma: se componía del conjunto de los ciudadanos útiles, a quienes se alistaba en tiempo de guerra para licenciarlos en tiempo de paz. Hasta el reinado de Augusto no había habido ejército permanente ni soldados de profesión; ni siquiera existían jefes designados que conservaran su título después de la campaña, aunque desde los Escipión, los Mario y los Sylla hubo gradualmente una evolución en ese sentido. El dictador no lo era sino durante el período crítico: inmediatamente después de pasado el

¹ André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 251.